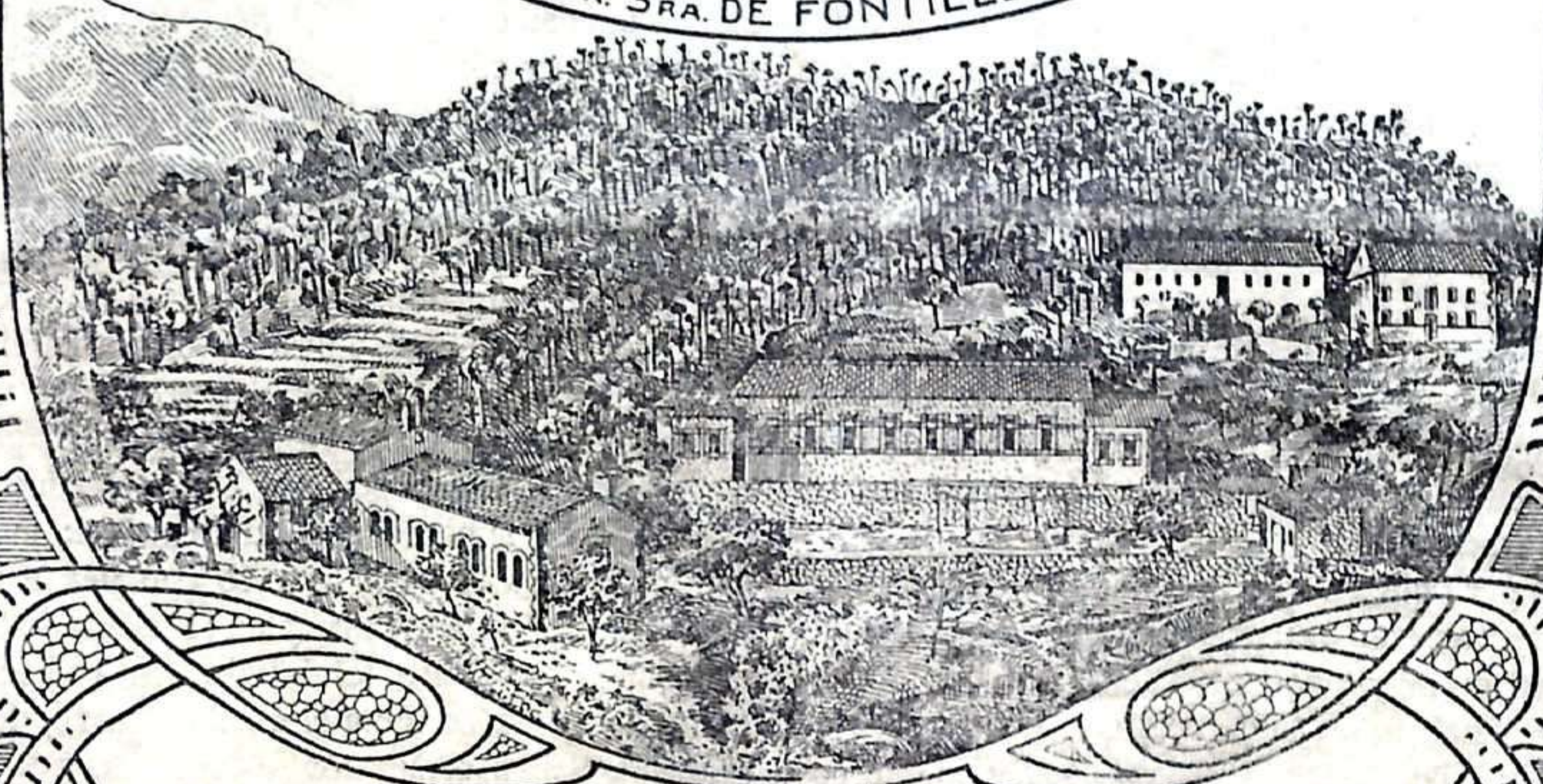


La Leprosia



NTRA. SRA. DE FONTILLES



≡ REVISTA MENSUAL ≡
ORGANO DE LA
COLONIA-SANATORIO REGIONAL
(DE)
San Francisco de Borja
≡ PARA LEPROSOS ≡

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
IMP. DE S. FRANCISCO DE BORJA
B. ANDRES HIBERNÓN. 2 GANDIA

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN
UN AÑO. 1'50 PTAS.

GANDIA 8 DE AGOSTO DE 1908

Nº
49

¡Pobres leprosos!

La triste impresión que recibimos aquel día jamás la podremos olvidar; fué de aquellas que se graban en la imaginación y no hay quien las borre y haga desaparecer, porque dejan en pos de sí profundas huellas de amargura y de dolor. No nos parece prudente citar nombres, ni siquiera el lugar donde presenciemos las escenas, porque no solo son de tal naturaleza, que honran poco, sino que hasta desdican mucho de la cultura de un pueblo. Por esa razón sentimos poca vergüenza al tener que confesar, que en nuestra patria existen tales desdichas y nunca consintieramos en denunciarlas, si abrigáramos la más remota esperanza de que guardando un prudente silencio había de venir tarde ó temprano el oportuno remedio.

Mas, como por desgracia, las cosas no van por ese camino y el mal se extiende con temible y alarmante rapidez, no ya en un solo pueblo sino en muchos, ni en una sola comarca sino en varias, sin que nadie se ocupe siquiera en estudiar el modo de oponerse é impedir la invasión de una plaga tan terrible, vémonos en la dura necesidad de clamar denunciando el mal presente y demandar pronto y eficaz remedio para el presente y el que está por venir, que se aproxima á pasos agigantados, y que ya le tenemos casi encima, si no se quiere ver á la vuelta de unos cuantos años invadido todo el país por el mal lazario.

Y para que se vea que no hay exageración en nuestro aserto, vamos á contar aquí lo que vimos, en muy poco rato, en cierta población cuyo nombre no hay para qué nombrar. Deseando saber si había allí leprosos y en qué estado y condición se encontraban, un alma buena de las que no faltan en todas partes, se dignó acompañarnos con suma amabilidad á visitarles uno por uno, siendo el resultado de tan triste visita la sentida, amarga y dolorosa exclamación que nos salió del alma y nos ha servido de título para esta pobre, pálida y desaliñada descripción: ¡¡¡pobres leprosos!!!

Sí; ¡pobres leprosos! Pobres porque están leprosos y sufren mucho; pobres porque carecen de lo necesario, muchas veces hasta del pedazo de pan duro, y más pobres porque viven abandonados; apenas hay quien les visite y les consuele, antes hay quienes parece que tienen todavía algún empeño en estorbarlo, no sé con

qué clase de pretextos; ¿no es verdad que clama al cielo tanta ceguera y ofuscación? Que hablen los hechos.

Cinco casas visitamos acompañados de aquel buen hombre, todas habitadas por leprosos, por supuesto, todos pobres y miserables, y faltos de lo necesario muchos de ellos, y no es nada extraño. Pobres de solemnidad, enfermos de lepra, vecinos de una población alcanzada, que apenas les puede socorrer y á quienes tampoco el municipio puede subvencionar en poco ni en mucho, necesariamente han de vivir en la miseria, y así vivían en realidad. Ello es que en su mayor parte apenas tenían qué comer, y que cierta persona muy adicta que de vez en cuando recorría las calles todas pidiendo de casa en casa limosna para los leprosos, el día que más, reunía unos cuantos reales; la gente, nos decía, está ya cansada, y yo que no me canso me avergüenzo ya de pedir; ¡¡¡pobres leprosos!!! sufrir una enfermedad tan terrible, vivir olvidados de todos, abandonados de la sociedad y carecer de lo necesario ¿cabe mayor desgracia ni situación humanamente más triste? Veamos ahora, cómo vivían y cómo estaban asistidos.

La primera visita la hicimos á una casa pequeña, pobre, desmantelada, apenas había silla para sentarse. Estaba unos cuantos metros separada de la población, no pasarían de veinte, y la habitaban dos leprosos, padre é hijo. El padre tendría como unos cincuenta años; del hijo no podemos dar señal alguna porque le vimos desde lejos; así que nos vió venir se escapó hacia el monte, como pudiera hacerlo una fiera que huye de la presencia del hombre; muchos esfuerzos hicimos para hacerlo volver á casa, pero todo fué inútil, como ya antes nos lo había asegurado su padre, ¡el infeliz no quiere ver hombres! El padre tenía el cuerpo lleno de llagas, que daban compasión al verlas, y la cara verdaderamente monstruosa. Las llagas se las curaba él mismo y precisamente estaba en esta operación cuando nosotros entramos á verle; la deformidad del rostro era efecto no tanto de los tubérculos propios de la enfermedad, cuanto de una costra formada por la sangre seca producida por un medicamento que le facilitaba un curandero, con su cuenta y razón, y estaba tan horroroso que no se le podía mirar. ¿Quién dirán nuestros lectores que estaba al servicio de estos pobres padre é hijo? Pues una linda niña, hija y hermana respectivamente, que no pasaría de ocho años. Al verla en aquella situación cuya gravedad y peligro ella no podía alcanzar ni comprender, nuestro corazón quedó transido de

dolor. ¿Cuál había de ser el estado moral de aquellos enfermos? Del hijo no hay qué decir, vivía reñido con la sociedad enteramente, y sobrado motivo tenía para ello, y el padre se quejaba amargamente, más que por su desgracia por el olvido y abandono en que le tenían los hombres. Y á la verdad, ¿que no es un crimen el que con esa clase de enfermos comete la sociedad? Y en tal estado de ánimo ¿dónde encontrar razones para consolarles? ¡Solo tú, bendita religión de Cristo tienes una doctrina sublime y una caridad suavísima, que es bálsamo efficacísimo para curar esa clase de llagas del humano corazón! Acudimos á ella, se la explicamos, y en efecto, el enfermo quedó consolado y agradecido.

Salimos de aquella casa, partido de dolor el corazón, como se puede suponer, y fuimos á otra á presenciar otro cuadro tanto ó más desgarrador si cabe. Estaba esta casa no muy distante de la primera, pero situada ya dentro del pueblo. Era mucho más pequeña, y es posible que no midiera más de seis metros cuadrados, y no obstante la habitaban una mujer leprosa, madre de dos niñas hermosísimas que la acompañaban, con su madre política, que sin duda estaba al cuidado de todas. Al ver aquellas inocentes y encantadoras niñas, cuyos ojos brillaban como perlas, apretadas contra el regazo de su madre y todas con su abuela, hacinadas en aquel pequeño cuchitril, sentimos un grande estremecimiento mezclado de lástima y de horror y el alma nos cayó á los pies; pero ¿es posible, le dijimos á la pobre anciana, que esas niñas no vivan separadas de su madre? Y señalando dos distintas camas, si tal nombre se les puede dar, pues no llegaban á tal categoría y que apenas distaba una de otra un par de metros, nos aseguró que procuraba la separación, sin duda durante la noche; ¡pobres niñas! ¡tan hermosas y tan desamparadas! Sin embargo, el estado moral de la leprosa, gracias á los consuelos de la religión, era excelente, y nos conmovió un rasgo de piedad que nos pareció casi heroico, porque hablándole de la conformidad con la voluntad de Dios y del recuerdo de la Pasión del Señor para llevar con paciencia aquel trabajo, nos dijo con la sinceridad y verdad de un corazón lleno de amor: «El primer dinero que recoja ha de ser para comprarme un crucifijo.» Y ¡era una pobre miserable! ¡Bendito poder y eficacia de la cruz que hace llevaderas las situaciones más difíciles y espantosas!

No hay para qué decir que al poco rato ya había llegado á casa de la infeliz leprosa la sa-

grada Imagen.

Semejante á ésta fué la tercera visita; encontramos una pobre mujer leprosa, en el mismo estado moral que la anterior, gracias á la misma causa, única para estos casos, pero por encontrarse más necesitada estaba también más afligida. Casada y madre de algunos hijos, por toda precaución y para evitar el contagio ¡se sentaba siempre en la misma silla!

Pero el caso más raro, más notable y que más honda impresión nos produjo, fué el leproso que debíamos ver en nuestra cuarta visita, si se tratara de un ser visible, pero no, no hay quien le pueda ver. Este infeliz era mozo del presente reemplazo y no ha habido modo de avistarse con él ni mucho menos practicar el reconocimiento necesario, porque vive errante y completamente apartado del trato social. De buena mañana, y aún antes de amanecer, sale de casa y se va al monte; por la noche regresa del monte y se mete en casa, cierra la puerta y no hay que pensar en llamar á ella, porque el leproso se convierte en el peor de los sordos; ¿cómo vive? ¿qué come? ¿quién le sirve? El caso parecerá novelesco y hasta misterioso, pero el hecho es así, y por más que hicimos esfuerzos para averiguar más, nos quedamos con las mismas dudas. ¡Cuánta será la vergüenza de ese infeliz leproso que tanto teme exhibirse víctima de una enfermedad casi siempre repugnante! ¡cuán desgraciada ha de resultar la existencia en esas condiciones, y qué responsabilidad y qué castigo más grande merece una sociedad que no cuida de poner remedio á tanto mal! ¡pobres leprosos!

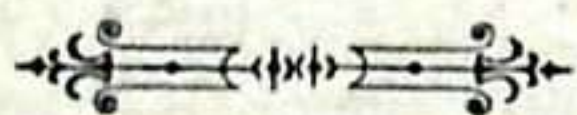
Finalmente, en nuestra última visita nos encontramos con una familia regularmente acomodada, pero alcanzada ya en sus intereses y abrumada en su espíritu, casi á punto de desfallecer por el peso de tanta tribulación. Tenía una enferma de una enfermedad común que la venía padeciendo ya mucho tiempo, casi desahuciada y sin esperanza de alivio, y además un muchacho leproso de unos diez y ocho años. También este se escapó de nuestra vista huyendo de nosotros así nos vió, pero tomó la dirección del corral, donde fué á esconderse bajo de un miserable cubertizo, raquítrico, donde apenas cabía él, hecho de paja de trigo, y allí le fuimos á encontrar y sorprender al principio con gran disgusto suyo y visible contrariedad. Lo estaba tratando un curandero y no le pudimos ver el rostro, porque lo llevaba completamente cubierto por los vendajes; le preguntamos por su estado y nos dijo con gran amargura: ¡Aquí estoy pasando

mis males como puedo! Y era verdad, porque en aquel rincón miserable, bajo un cubierto más apropiado para habitación de un perro que de una criatura racional, entre las cuatro paredes de un sucio corral, pasaba los días enteros, según nos contó su madre, sin que fuerza alguna humana le pudiera hacer salir de allí. ¡Pobre leproso! estaba, como es natural, disgustado de su suerte y casi desesperado, y aunque al principio hasta nos recibió con desagrado, muy pronto le hicimos entrar en razón, quedando reconocido á nuestra visita y no poco consolado en virtud de las reflexiones que le hicimos.

Y aquí acabó nuestra dolorosa misión con la impresión triste y amarga que nuestros lectores pueden pensar, y aún ¿por qué no decirlo? con no poca indignación contra una sociedad que se precia de ilustrada y culta, que abomina de todo lo antiguo, que pone á las nubes las excelencias de la moderna filantropía, y que eso no obstante, comete con los pobres leprosos un crimen inaudito huyendo de ellos y dejándolos enteramente ahandonados. Eso nos confirma en nuestra opinión de que si no fuéramos tan cultos é ilustrados como se supone, ni hubiésemos jamás conocido la filantropía y hubiésemos conservado un adarme de caridad, las cosas no estarían así, y los leprosos no serían tres veces desgraciados, porque aparte del peso de la enfermedad que sufren, y que no es poco, estarían aislados, como es justo, puesto que la enfermedad se considera contagiosa, pero estarían servidos y atendidos, como demanda también la razón, y sobre todo, instruidos moralmente en su desgracia para que se puedan consolar.

Por eso llamamos la atención de los hombres de corazón y sentimientos cristianos, para que acudan con cristiana caridad al remedio de un mal tan grande, precisamente ahora que de un momento á otro se espera la apertura del Sanatorio de Fontilles, porque ya no puede retardarse el dictamen favorable de la comisión inspectora y la autorización conveniente del Gobierno, que hace 10 meses tiene solicitada el Patronazgo de San Francisco de Borja. Con la seguridad que después de éste han de construirse otros muchos Sanatorios en las distintas regiones donde hay necesidad de ellos, hasta acabar con esa plaga, como ha sucedido en otras naciones siguiendo igual procedimiento.

UN AMIGO DE LOS LAZARINOS.



Algunas ideas sobre la etiología y profilaxis de la lepra.

(Véase la Revista LA LEPROSA, página 247, número 40).

A los leprosos todos—si su estado general y sus lesiones locales lo permiten—se les deberá frotar todo su cuerpo frecuentemente con jabón llamado de potasa puro; y lavarlos todos ellos con agua caliente ó darles con frecuencia baños generales de agua caliente; baños de limpieza. Esto que es para el enfermo una parte de preparación para su tratamiento externo, es á la vez una práctica profiláctica, con relación á los demás. Además se hará la *desinfección diaria de la boca, garganta y narices del leproso*.

En un país de lepra, y con mayor razón en un foco leproso, hospital de leprosos ó leprosería ó lazareto, no es prudente ir con los pies descalzos, mal calzados ó desnudos.—A. Doyon hace observar,—refiriéndose á un estudio de Baelz sobre la lepra en el Japón, que los japoneses *tienen los pies preferentemente atacados de lepra porque los llevan desnudos frecuentemente*; «el virus contagia en primer término las partes descubiertas, *la cara, las manos, los pies.*»

Por las razones expuestas, es práctica profiláctica prudente lavarse con frecuencia en los países de lepra, la cara, las manos, los pies, con jabón blando de potasa, con sublimado con jabón de ichtyel, con soluciones de restorcina y otros antisépticos corrientemente empleados en estos casos.

Según algunos autores (Doyon y otros) «*la lepra es en su principio una enfermedad local, análoga á «la tuberculosis local ó cutánea ó al lupus.*» Existe una analogía evidente entre los bacilos de las dos enfermedades y el terreno sobre el cual ellos se desarrollan.» (1)

Efectivamente; hay gran analogía por muchos conceptos reconocida, entre la lepra, la sífilis y la tuberculosis.

Todas estas enfermedades, en nuestro sentir son en su principio enfermedades locales que más tarde se generalizan ó no; pero que, por regla general, se universalizan en el organismo humano si el arte médico no opone obstáculos, ó no puede oponerlos á su desarrollo, ó si el organismo está dispuesto á su vez al desarrollo del mal.

(1) Monasteste. fur. Praktische Dermatologie. Datos recogidos y coleccionados por A. Doyon.

Pero así como en la sífilis y en la tuberculosis cutánea ú otras tuberculosis localizadas, podemos muchas veces averiguar su punto de origen (tubérculo anatémico, tuberculosis verrucosa) ó su principio; cosa que en la sífilis es evidente en inmenso número de casos (chancro inicial) en la lepra no es tan fácil siempre de precisar. Esto no obstante; según modernas investigaciones, cuando aún la lepra no se ha exteriorizado ni generalizado, es fácil encontrar en los sujetos sospechosos de lepra, ya lesiones y aún bacilos en el interior de la nariz y en las fauces y boca, según se desprende del siguiente escrito de Jeanselme et Laurens:

«Bajo el punto de vista de la receptividad y de la contagiosidad de la lepra, la noción la más importante que se desprende de las investigaciones de E. Jeanselme y de Laurens, es *que el moco nasal de los leprosos es de una muy grande virulencia, y que, sin ir más allá de las inducciones que podamos permitirnos, se puede afirmar que la rinitis de los leprosos es una de las fuentes ú origen más eficaces de la propagación de la lepra. La contaminación se efectúa tanto más fácilmente cuanto que el leproso vierte ya hacia el exterior de su cuerpo un gran número de bacilos, en una época ó tiempo en que aún ni el mismo enfermo sospecha la naturaleza de su enfermedad, y que las personas que le rodean no tratan de poner los medios para precaverse contra el contagio.*

Lo mismo se puede decir de las lesiones, en apariencia insignificantes, pero en realidad lepromotosas, que existen en los leprosos, en la cavidad buco-faríngea, sobre la epiglotis. (1)»

Sera, pues, prudente, cuando tengamos por necesidad ó por caridad ó en cumplimiento de nuestros deberes, que acercarnos á los leprosos, lavarnos las partes descubiertas, cara y manos, y desinfectarnos las narices, boca y fauces con los medios apropiados como ya hemos dicho antes y ahora insistimos, con razones más poderosas que acabamos de resolver.

Será conveniente no respirar largo tiempo en atmósferas confinadas y en espacios muy limitados en compañía de los leprosos si no hay necesidad; y sobre todo no se acercarán á dichos enfermos, los que están constipados, sufren rinitis ó males de la nariz y garganta ó en-

(1) Erneste Besnier.—Sur la lepre.—Página 34, 35.—Conférence de Berlin, 1897.—Véanse también: Bulletins de la Société médicale des Hôpitaux de Paris, seauce du 23 juillet 1897 pp. 1048 á 1057. E. Jeanselme et Laurens.

fermedades de la piel, de la cara, de las manos, de la boca y de las fauces.

Los pañuelos de los leprosos serán desinfectados antes de llevarlos al lavadero especial para las ropas de estos enfermos. Sera prudente una desinfección de cuanto proceda del enfermo *antes de verterlo al mundo exterior.*»

Hemos repetido en este artículo algunos de los conceptos ya emitidos en el anterior que lleva el mismo título, porque queremos que, dada la importancia de los mismos, queden gravados mejor en el ánimo de nuestros lectores, y con esto pensamos prestar un servicio á la salud pública, sobre todo á los enfermos, á las familias de los enfermos y á cuantos estén á su alrededor.

La exposición de la doctrina del presente artículo justifica los preceptos profilácticos expuestos en el anterior.

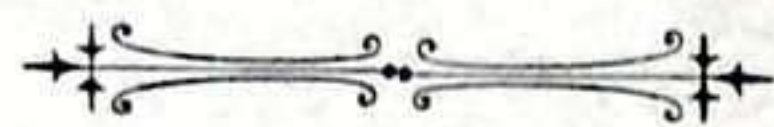
Vale más una medida de precaución razonada y efectiva y siempre fecunda en resultados positivos y favorables, que el miedo insensato y estéril que no nos libra de los peligros reales y efectivos, y que al mismo tiempo deja sumidos en inhumano abandono á los enfermos de lepra.

La experiencia demuestra la utilidad del aislamiento de los leprosos; *es cosa probada.*

La llaga no hay que ocultarla por no verla; antes al contrario hay que ir hacia ella resueltamente, descubrirla y curarla. Solo de este modo es menos temible.

No hagamos como ciertos animales que, cuando se ven en peligro, ocultan su cabeza en un agujero, y ellos no ven á los que les persiguen, y así se creen ya seguros. Llegan sus perseguidores y los reducen á cautiverio fácilmente.

M. ZURIAGA.



MEMORIA

presentada al 32 Congreso Científico Latino-americano por el Dr. Juan de Dios Carrasquilla.

(CONTINUACION)

De esta comunicación del Dr. Rake, que sumariamente hemos extractado, merecen retenerse para el estudio que estamos haciendo las siguientes proposiciones: 1.^a Se acepta que la lepra es debida á un bacilo específico, pero sin

pruebas que confirmen esta aseveración; 2.^a La enfermedad es esencialmente humana, y no ha podido ser transmitida á los animales; 3.^a Las inoculaciones de productos leproso al hombre han dado resultados negativos; 4.^a Excepto dos casos comprobados de contagio, los demás no pueden aceptarse; 5.^a Debe admitirse la posibilidad de la transmisión de la enfermedad, por ser microbiana, pero si acaso es comunicable, lo es en tan raros casos y con tales dificultades, que prácticamente puede prescindirse de dicha posibilidad, y en todo caso, es menos comunicable que la tuberculosis.

Por otra parte, el Dr. Zambaco Pachá, uno de los leprólogos más notables, que ha hecho estudios muy importantes sobre la propagación de la lepra, cuyas obras son de un mérito reconocido en todo el mundo, sostuvo entonces, también, que la lepra es hereditaria en Constantinopla, donde ha hecho principalmente sus observaciones, y que no es contagiosa.

Felizmente para la doctrina contagionista, rudamente combatida y colocada en crítica situación por el informe de la Comisión de la India, apareció, en 1895, la inmortal obra de Hansen y Looft, vertida al inglés y sacada á luz por N. Walker. Como tratado general, es esta obra la mejor que se ha escrito hasta ahora sobre la lepra, no sólo por la precisión de las descripciones, la exactitud de las apreciaciones clínicas y el criterio científico aplicado con extraordinaria concisión á las materias que trata, sino también y sobre todo porque cortó definitivamente la enojosa y ya larga polémica sobre la herencia y el contagio en las magistrales páginas del capítulo sobre etiología.

“No conocemos, dicen Hansen y Looft, ninguna enfermedad específica que pueda llamarse hereditaria. Las condiciones hereditarias son todas peculiaridades anatómicas y fisiológicas del organismo. Un bacilo que vive en el organismo no puede considerarse como una de sus peculiaridades anatómicas y fisiológicas.... Un parásito es siempre un parásito, y, puesto que su transmisión de un adulto á otro se llama infección, no podemos comprender por qué su transmisión á un huevo ó á un feto se indique con otro nombre. Es evidente que la lepra es realmente contagiosa, puesto que es una enfermedad bacilar y que nadie ha podido demostrar la presencia del bacilo fuera del cuerpo humano, lo que hace que abandonemos la idea de su origen miasmático. No nos queda, pues, más camino abierto que aceptar la naturaleza infectiva de la enfermedad

con lo cual se explica fácilmente la propagación de la lepra.”

La evidencia que se tuvo ya de que la lepra es realmente enfermedad infectiva; el hallazgo que se hizo de un foco de lepra en Mamel (Prusia); la comprobación que dió el Dr. Zambaco Pachá de que varias enfermedades recién bautizadas con nombres extraños, como la siringomielia, la enfermedad de Morbán la esclerodactilia, etc., no son otra cosa que formas atenuadas ó frustráneas de una sola y misma enfermedad: la leprosis; las exageradas relaciones que llegaban de todas partes sobre el pretendido aumento y la enorme propagación de la lepra en todo el mundo; todo esto produjo alarma y despertó por una parte la creencia de que la lepra revivía después de haberla creído extinguida en Europa para siempre, y por otra, el anhelo de ponerse á cubierto de la invasión que pudieran causarles sus relaciones con los países extranjeros plagados de lepra.

La prensa, principiando por los médicos, pedía informes, exigía que se tomaran rigurosas medidas preventivas, reclamaba de los gobiernos pronta é inmediata acción á fin de contener el progreso y el creciente desarrollo de la plaga. Los Gobiernos, atendiendo al clamor general, decidieron que se convocara á los leprólogos de todo el mundo á un Congreso, con el objeto de conocer la verdad acerca del número de enfermos que existiera en cada país; al aumento ó disminución que se hubiera observado; las causas que hubieran obrado sobre este resultado, para proceder, de acuerdo con los datos que se obtuvieran, á dictar las medidas conducentes á evitar la propagación.

Calmada en tono la efervescencia de la prensa con esta decisión, se entró á discutir el lugar donde debiera reunirse el congreso, el objeto preciso que hubieran de tener las deliberaciones y hasta se llegó á marcarle las conclusiones. Pretendió cierto órgano de la prensa neoyorquina que el congreso no tenía que meterse á discutir temas científicos relacionados con la medicina, que en ese asunto holgaban las teorías, que el único objeto era acabar con la lepra y que eso no se conseguiría sino dictando leyes draconianas. Al efecto irían los delegados de los gobiernos al Congreso autorizados para legislar sobre un asunto prejuzgado, para autorizar una ley universal que acabara de una vez y para siempre con los leproso. ¡Oh alma de Roosevelt! A punto estuvo Francia de presenciar, con tres siglos de intervalo, una repetición de la cé-

lebre «Noche de San Bartolomé» y como las ideas, á la manera de las hondas hertzianas, tienen la propiedad de transmitirse á grandes distancias, atravesando la inmensidad de los océanos, y conmover los cerebros que se encuentren en consonancia, á ello nos imaginamos que se debió el que en Bogotá germinara el pensamiento de fundar un gran Lazareto en la isla de Coiba, pensamiento que llegó á tener forma y que si hubiera sido practicable y se hubiera realizado, habría convertido á la hermosa isla, pintada como un Edén por los miembros de la comisión que fueron á estudiarla, en la más gemebunda cueva de Trofonio.

Pero dejemos este asunto que más pertenece á la historia que á la ciencia, para tratarlo en su lugar, y volvamos á la reunión del Congreso. Prevalció la cordura sobre el susto y sobresalto del momento, la razón recobró su imperio y se puso en nombre de sus imprescriptibles derechos. La convocatoria al Congreso se hizo con el objeto de estudiar científicamente todo lo relacionado con la lepra. Designóse Berlín para el lugar de la reunión y el mes de Octubre de 1897 para el tiempo de celebrarla. Concurrieron delegados de muchos gobiernos y los leprólogos más notables de diversos países.

De las numerosas é importantes comunicaciones presentadas á la conferencia y del resultado de las deliberaciones, sólo daremos una breve noticia en los puntos más pertinentes al objeto que tenemos á la mira en este escrito.

Al abrirse las sesiones, el Prof. O. Lassar, Presidente del Comité de la importante organización de la Conferencia, expuso lo siguiente. «La convocatoria á la Conferencia científica internacional, nació del pensamiento de promover una investigación sobre todo lo relacionado con la lepra que sirviera de base para recomendar los medios que han de emplearse para contener ó exterminar esta plaga. Hasta donde sea posible, las conclusiones de la Conferencia serán formuladas de tal manera que más tarde puedan servir para hacer avanzar la legislación, la administración y la unión internacional. Este material científico que actualmente tiene en su poder la Conferencia, será de tal modo analizado y comentado por ella, que los gobiernos de los Estados que han tomado participación, se encuentren en capacidad de dictar las medidas apropiadas. De aquí resultará, pues, la organización de acuerdos internacionales científicos que tiendan más tarde al establecimiento de una

medicina oficial, según las amplias miras de la Conferencia de la Lepra».

El fiasco de la Conferencia en este sentido fué completo: ningún gobierno se sometió á sus decisiones; un comité internacional que se propuso nombrar para que siguiera funcionando después de la clausura de sesiones, no tuvo efecto; no hubo tal medicina internacional oficial ni organización de ninguna clase. En cambio el gran número de conocimientos científicos que contienen las comunicaciones presentadas, constituye un monumento literario imperecedero, que dejará la Conferencia de Berlín inscrita en los fastos de la Leprología.

(Se continuará)



Nuestros difuntos

La muerte no para ni se cansa nunca de realizar sus conquistas; cada día arrebatada de nuestro lado, trasportando á la presencia de Dios, las almas de seres queridísimos, cuya edad, carácter y condición parecía que les habia de defender por mucho tiempo de aquel trance terrible, pero no sucede así; sino que en cualquier edad, estado y condición la muerte se ceba y ejerce inesperadamente su oficio en nombre de Dios, quedando humillado en su presencia el orgullo del poder humano. En el pasado mes, les ha tocado rendir este tributo á dos grandes protectores de la Leprosería, ambos de noble condición, grande influencia y ricas prendas personales; el Excelentísimo Sr. Marqués del Bosch y la Excelentísima Sra. Marquesa de González. Como de uno y otro ha publicado la prensa diaria extensas necrológicas, nosotros nos limitaremos á recordar para más interesar á nuestros lectores que les hagan sufragios la parte que tomaron en nuestra obra. El Excelentísimo Señor Marqués del Bosch fué desde el principio entusiasta defensor del Sanatorio, presidió la Junta de propaganda de Alicante, y se suscribió como Bienhechor insigne y recabó de sus amigos varias limosnas. También la Excelentísima Sra. Marquesa de González, no menos que el Sr. Marqués del Bosch, fué entusiasta de nues-

tra obra y excelente propagandista, logrando suscribir á la misma como Patrona á alguna de sus parientes á quienes ella había dado antes el ejemplo. De ahí que tanto por deber de gratitud, como por sus excelsas prendas personales y porque nos honraron uno y otro con su amistad nos creemos obligados á encomendarles á Dios y tenerlos presentes en nuestras oraciones, y al enviar á sus respectivas familias nuestro más sentido pésame, también rogamos á nuestros lectores que se acuerden de rogar por las almas de dichos difuntos.

R. I. P.

NOTICIAS

Hemos recibido del bienhechor D. Francisco Valldecabres y Muñoz de Manises con destino al Sanatorio, dos floreros flor relieve, cuatro floreros Corazón de Jesús y dos macetas y columnas enredaderas. Inútil es decir lo valioso del don á quienes conocen la gran caridad de don Francisco Valldecabres Muñoz para con los pobres leproso.

*
* *

En una carta que hemos recibido del bienhechor D. Vicente Ferris se nos comunica que dicho señor manda para los pobres leproso 80 cántaros de vino. Agradecemos en nombre de los lazarinos tan valioso don, tanto más cuanto nos dice «me alegro al ver el interés que ustedes se toman en favor de aquellos desgraciados que están solo á merced de las personas caritativas y piadosas para su cuidado y protección». Dios pague á tan caritativo señor su ofrenda.

* *
*

Nos comunican de Sueca que el Exmo. Ayuntamiento de aquella Ciudad, en sesión del día 14 del pasado Julio, acordó suscribirse como Socio Protector ó Patrono al Sanatorio de Fontilles. Nos place añadir con esta ocasión que éste es el mejor modo de ver realizada en todo su plan la idea del Sanatorio de Fontilles, y que nadie debe estar tan interesado como los Ayuntamientos en procurar el alivio de los pobres leproso toda vez que ellos han de cuidar de la salud pública y bienestar de los ciudadanos. Bien por el Ayuntamiento de Sueca.

*
* *

Merecen mencionarse por lo entusiastas, los bienhechores que hicieron el andamiaje del pabellón para enfermos el 4 del corriente; trabajaron como maestros José y Antonio Serer Palacios, albañiles; y Elías Andrés Pons, carpintero y como peones Tomás Mestre Serer, Bautista Serer Cantó, José Antonio Serer Arabí, Camilo y Celestino Cantó Molina, José Serer Palacio, de Alcahalí y Gonzalo Mengual Ginestar y don José Mengual Oliver de Orba. Acompañaron á estos señores Amparo Chesa Monserrat y Josefa Rosa Ferrando Chesa, de Alcahalí consortes de dos de los señores nombrados. Dios se lo pague á todos.

*
* *

Han prometido zarzos ó cañizos José Serer Palacio, Tomás Mestre Serer y Bautista Serer Cantó de Alcahalí.

*
* *

Crónica de la Caridad

Desde la publicación del número anterior se han recibido en esta Administración las cantidades siguientes:

	<u>Pesetas.</u>
De D. José M. ^a Herrero de Caudete.	25
» » Francisco Pastor de Alcoy, Patrono, por cinco plazos.	500
» D. ^a Concepción Escobedo, Viuda de Mayáns.	200
De D. Estanislao Serrano Pbro. de Játiva, por suscripción.	5
De un Patrono de Gandía que oculta su nombre, 5. ^o plazo.	100
Del Patrono D. Carlos Sancho Sendra, de Gandía, 5. ^o plazo	100
Del Patrono D. José Blasco Vial Pbro. de Gandía 5. ^o plazo	100
Del Patrono D. Ignacio Martínez Villanueva de Gandía 5. ^o plazo.	100
Del Patrono D. Rafael Tortosa, de Vallada, tercer plazo	100
De la Patrona D. ^a Filomena Gozalbes, de Almudaina tercer plazo	100

*
* *

En Valencia se han vendido los siguientes catecismos, del Padre Vives edición valencianacastellana: Padre Marigi 100 ejemplares 14,25 pesetas. El Sr. Secretario del Palacio Arzobispal, 150 ejemplares 22,35 pesetas. La Congregación Catequista 300 ejemplares 42,45 pesetas. Total: 79,05 pesetas.

Imp. S. Francisco de Borja, B. Andrés-GANDIA

